“*Par principe d’humanite..*”

El título de esta polémica virtual proviene de la frase de un periodista de la Convención: “Esta tierra de la libertad, la purgo por principio de humanidad”. Palabras de un ex sacerdote que pudo haber sido un héroe epónimo de los libros de Arno Mayer y de Patrice Guenifley.¹ La polémica sobre el Terror comenzó al día siguiente de la caída de Robespierre, y otra vez después de la muerte de Stalin. Para cierta historiografía de izquierda, marxista o no, de Albert Mathiez a Michel Vovelle, el terror jacobino o bolchevique era “el crisol rojo en el cual se fundía la democracia futura” (A. Mathiez, 1922). Para la derecha, la revolución era satánica y el terror la caracterizaba totalmente. Los historiadores “revisionistas” distinguían entre las revoluciones buenas de 1789 o de febrero de 1917 y la mala de 1792 o de Octubre; o dentro de la revolución bolchevique, entre la buena revolución leninista y su perversión estaliniana. Luego, en el fatídico año de 1989, bicentenario de la Revolución Francesa y el de la caída del muro de Berlín, los revisionistas se alzaron con la victoria: durante un famoso debate televisivo Michael Vovelle perdió frente a Francois Furet, miembro del partido comunista, primero, y luego ex comunista. Diez años después, dos libros sobre este tema son publicados casi al unísono. Arno Mayer, autor de libros importantes sobre la persistencia del antiguo régimen en Europa y sobre la contrarrevolución, pero también sobre la Shoah, en una

¹ Arno J. Mayer, *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton University Press, 2000, 716 pp. Patrice Guenifley, *La Politique de la Terreur. Essai sur la Violence Révolutionnaire*, Paris, Fayard, 2000, 376 pp.

apretada comparación de las revoluciones francesa y bolchevique, pasa a la contraofensiva (¿se podría calificar de revisionista de izquierda?). Patrice Guenifkey, por su parte, autor del brillante *Le Nombre et la Raison: la Révolution Française et les Elections* (1993, de pronta publicación por el Fondo de Cultura Económica) no se deja clasificar.

I. ARNO MAYER

Lo mejor de su libro está en la primera parte, que define los conceptos de revolución, contrarrevolución, violencia, terror, venganza y religión. Postula que “no hay revolución sin violencia y terror; sin guerra civil y extranjera; sin iconoclasmo y religión; y sin choque entre ciudad y campo” (Mayer: 4).

Entre sus premisas está la afirmación de Michelet: “sería más sabio hablar de Fundación y no de Revolución”, y la de Maquiavelo: “Nada más difícil, nada más peligroso que emprender la construcción de un nuevo orden”, eso necesita, para vencer el desorden y la resistencia: “un dirigente absoluto capaz de poner en práctica una violencia extraordinaria y, si es necesario, de una misma crueldad”. Otra premisa: se necesitan dos para hacer la revolución, ya que “la contrarrevolución es la otra mitad de la revolución”. Mayer se da como referentes teóricos además de Maquiavelo, a Hobbes, Montaigne, Montesquieu, Burke, Maistre, Tocqueville, Marx, Weber, Schmitt, Arendt y Ricoeur. Le faltó nombrar a Edgar Quinet, a quien cita extensamente en sus capítulos sobre la Revolución francesa.

Recuerda Mayer (p. 96) las tres escuelas que explican el terror:

- 1) La tesis de las circunstancias que provocan el terror en forma de reacción, improvisada, sin plan.
- 2) La tesis de la ideología (sea las Luces, sea el jacobinismo) como causa y motor del terror.
- 3) La tesis psicológica que invoca la personalidad y la mentalidad de los dirigentes.

La primera la califica de “ambiental” y andogética: el terror como hijo legítimo de la necesidad. La segunda es “genética”. Determinista, condenatoria. Arno Mayer es muy claro –y Guenifley dice lo mismo–: no hay tal determinis-

mo ideológico, el Siglo de las Luces –el pensamiento de Marx– no conduce de modo mecánico al totalitarismo.

El hilo conductor del libro es la afirmación de que la “anti y la contrarrevolución no son menos feroces en la persecución de su millenium” (p. 99). Por lo que no debe sorprender que “el terror practicado por todos los bandos en esa guerra civil... haya tomado muchas más vidas y haya sido mucho más salvaje que el terror político más dramático de la guillotina y de la Cheka” (p. 102).

Esa firme voluntad de ir contra la corriente o, por lo menos, de mantener la balanza equilibrada entre “los dos bandos” lleva a Mayer muy lejos. Después de haber descartado la “tesis de las circunstancias” por absolutoria, la utiliza sin tregua a favor de los jacobinos y de los bolcheviques (y de Stalin en el capítulo final). Invoca además la pesada herencia despótica, la tradición de violencia y de arbitrariedad de los dos antiguos regímenes (pp. 234-235): “Ese trasfondo condicionó la naturaleza y la práctica de la violencia y del terror de 1917-1921... prácticas arraigadas en el pasado autoritario ruso. Los bolcheviques, como los jacobinos, recuperaron los viejos métodos de control criminal y político...”. Tanto para una como para la otra revolución liga el terror a la guerra civil y extranjera (pp. 252-253) y sostiene que “si, como lo sugiere Quinet, la espiral de terror resulta del ‘choque de dos elementos irreconciliables y de dos corrientes eléctricas opuestas’, entonces la retórica terrorista del bando antibolchevique no puede ni ser ignorada, ni minimizada” (p. 254).

Insiste mucho sobre la violencia y el terror contrarrevolucionario al grado de afirmar que no fueron inferiores al jacobino y al bolchevique: “Así los rebeldes incitaron y finalmente justificaron la creciente furia punitiva de sus enemigos jurados” (p. 339). Nunca niega la realidad del terror revolucionario pero diluye el asunto en consideraciones como: “Es difícil, si no imposible, decir cuál bando fue el primero en cometer lo que se llamará mas tarde ‘crímenes de guerra’ y ‘crímenes contra la humanidad’. Fueron perpetrados ciertamente por los dos... las ‘noyades’ y ‘las columnas infernales’ fueron, de hecho, la culminación de un círculo vicioso de atrocidades no previstas por ninguno de los bandos” (p. 333). Así, confiere el mismo peso a las matanzas perpetradas por los campesinos de Vandas y en la región de Tambov. Mayer retoma el argumento esencial de la Convención y del Soviet Supremo, a saber: el fanatismo

y el primitivismo de los campesinos insurrectos justifican las medidas más extremas. De manera cómoda, y aparentemente objetiva, juzga a los dos bandos como igualmente culpables, creyendo que la masacre fue equitativamente repartida. Finalmente parece compartir la molestia de Michelet frente a un pueblo campesino “tan extrañamente ciego y extraviado que se arma contra la Revolución, su madre, contra la salvación del pueblo, contra sí mismo”. No casualmente el autor deja a un lado una bibliografía reciente y seria –aparecida en los diez últimos años–, francesa y rusa, sobre la Vandea y la Tambovshchina (capítulo 10 sobre la guerra campesina en Rusia).

El libro termina de manera abrupta, sin conclusión, que, sin embargo, ya había sido formulada desde la página 312: “El Terror de 1917-1921 fue un hecho de guerra civil alimentado por la dialéctica de la Revolución y la contrarrevolución... es difícil sopesar entre furias espontáneas y furias calculadas...”.

II. PATRICE GUENIFLEY

No creo que estos dos notables no hayan podido leerse, pero Guenifley parece contestarle a Mayer punto por punto. Empieza por una reflexión teórica comparable, rechaza la tesis de las circunstancias como la de la ideología, pero presenta, después de haber distinguido entre violencia y terror, su tesis: “El Terror no es ni el producto del jacobinismo como ideología, ni el efecto de potencialidades despóticas de 1789 reveladas por las circunstancias... El Terror es una fatalidad, no de la Revolución francesa, sino de toda revolución concebida como modalidad del cambio. En eso el jacobinismo es un arquetipo. Todas las revoluciones tienen sus jacobinos. Si las más de las veces las revoluciones no pueden ser ideológicamente comparadas, sí lo pueden ser en lo político” (Guenifley: 226). “En eso el jacobinismo es ejemplar: es la dinámica revolucionaria en actos; es menos la cara oculta de la democracia que la realidad atroz de toda revolución”. Y su capítulo IX, *Los resortes del Terror*, comienza así: “El Terror es la conclusión inexorable de la revolución en su dinámica propia. No son ni las oposiciones externas ni los obstáculos internos los que explican la radicalización de la revolución, sino las luchas fratricidas entre sus partidarios, la competencia que opone a los revolucionarios entre sí. Por ejemplo, si se pue-

de decir que la guerra provoca el alza de las apuestas al ampliar el teatro de la revolución, rebasando sus metas iniciales, visto a la inversa, la radicalización de la política revolucionaria engendra la guerra y el terror”. Así, esa dinámica provoca las famosas “circunstancias”, las cuales a su vez aumentan la radicalización de los discursos, envites y prácticas.

Me parece esencial la afirmación siguiente:

La Revolución francesa inventó la idea moderna de revolución permanente, independiente de los fines que persigue concediendo legitimidad sucesivamente al más radical de sus actores. La dinámica de la revolución moderna es en eso análoga a la lógica pura de la guerra descrita por Clausewitz; como ella, debe inevitablemente escalar a los extremos (p. 231).

Y de citar a Clausewitz (*De la Guerra*, París, 1955: 52-53):

La guerra es un acto de violencia y no hay límite en la manifestación de esa violencia... Quien usa sin piedad de la fuerza física y no retrocede frente a cualquier efusión de sangre tomará la ventaja sobre su adversario, si éste no hace lo mismo.

En las revoluciones, no en todas, pero en la francesa –y en la bolchevique, agrego yo– la lógica de ese desarrollo no encontró ningún freno porque

tres condiciones se reunieron: una incompatibilidad tan profunda entre los objetivos de los partidos enemigos que excluye todo compromiso; una ruptura del contrato social que sitúa a adversarios y a competidores en un estado de naturaleza recíproca en el cual la fuerza sustituye al derecho; una situación de prolongado vacío de poder que abre una carrera inesperada a las corrientes políticas más marginales.

Arno Mayer podría suscribir ese análisis (Mayer: 232) pero no desarrolla, como Guenifley, toda la singularidad de un acontecimiento extraño que se bautizó, autocelebró y no dejó ningún sentimiento de culpa entre sus autores, jacobinos o soviéticos. El Terror no es la violencia bruta que Arno Mayer estudia tanto, para minimizar cualitativa y cuantitativamente el Terror. La violen-

cia se agota pronto en su explosión misma: masacre, pogroms, incendio, saqueo, eso no es suficiente para hacer un Terror. El Terror tampoco se define por las medidas de excepción frente a un peligro de dimensión nacional; esas medidas castigan delitos precisados. Para lograr su meta, que no es tanto matar víctimas como atemorizar a los espectadores, el Terror pega menos actos y más (supuestas) intenciones, no sólo al “aristócrata” o al “blanco”, sino al aristócrata que duerme en cada uno de nosotros. “Quien no piensa en nada, piensa mal”, “quien no está de acuerdo es un traidor” (Robespierre, 10 de junio de 1791), eso lo sabe todo revolucionario serio. En la definición indefinida de los “sospechosos”, “enemigos del pueblo o de la revolución”, está la eficacia del Terror.

Donde Arno Mayer ve dos actores, el revolucionario y el contra, Guenifley señala tres: el terrorista, su víctima (que bien puede ser contra, revolucionario, o ni lo uno ni lo otro) y su meta, a saber: todos los demás que se desea atemorizar. El Terror es así la aplicación deliberada (Clausewitz) de la violencia a una víctima escogida para tener el mayor efecto. Es deliberada y por lo tanto racional. Mientras que la violencia colectiva tradicional tiene dos actores, la muchedumbre y su víctima, el terror implica tres. Provoca un espanto universal porque usa de la violencia fuera de todo marco legal, amenaza a todos sin excepción, puede pegar al azar, sin motivos ni pruebas. Eso Guenifley lo ilustra en su estudio de la Vandea que contradice todo lo que Mayer escribe sobre ella (y sobre la Tambovshchina).

El exterminio es el estadio supremo del Terror. Después de la victoria jacobina sobre los vandeanos –y de la del ejército rojo sobre los campesinos rusos–, “las columnas infernales” –así autonombradas con orgullo– se dieron a la tarea, no de espantar sino de exterminar a la población de toda una región según un plan preconcebido, y aprobado desde arriba. Contra lo que piensa Mayer, el comportamiento de los dos bandos no es simétrico, según su famoso “espiral”; no hacen la misma guerra, la violencia “tradicional”, “bestial por primitiva” de los campesinos es defensiva; la Vandea acorralada hace una guerra que no ha querido. Lo mismo Tambov. La revolución transforma en guerra unos disturbios campesinos y hace una guerra *total*. Las masacres de 1793, cuando empieza la operación Vendée-Vengée (Vandea-Vengada), ocurre después de la guerra. La guerra ha terminado, el exterminio empieza según una estrategia

metódica que incluye a toda la población, mujeres, niños y también “azules”: los azules, partidarios minoritarios de la revolución, porque como lo escribe el general Turreau, “si la meta es vaciar la región en un lapso determinado”, ¿no deberíamos acabar también “con esos hombres que creemos revolucionarios y que quizá llevan sólo la máscara del patriotismo”? La ejecución de las mujeres, de los niños y de los “azules” nos indica que el asunto se sale del concepto ordinario de represión.

Ese “crimen contra la humanidad” (Guenifley), que Mayer no puede reconocer como tal, había sido denunciado en su época por un revolucionario más a la izquierda que los jacobinos, Gracchus Baboeuf, en un libro terrible titulado *El populicidio*. No hay en eso racionalidad militar alguna, sino una doble racionalidad de ejemplaridad y de lucha política. El contexto político local y nacional dicta el exterminio.

Los partidarios de las soluciones radicales controlan el poder local. De manera vital necesitan la prolongación de los disturbios civiles en el Oeste que hacen su poder e influencia, poder al nivel regional, influencia al nivel nacional. La Vandea es el capital de la ultrazquierda de Hebert (en París) que la necesita para justificar su política de terror a ultranza en todos los campos políticos que debe, al final, abrirle las puertas del poder (Guenifley: 264).

La idea realmente fuerte de Guenifley es deshacer el nudo que durante mucho tiempo ligó Terror e ideología en la historiografía. La utopía, la idea del hombre nuevo, la obligatoria virtud, no engendraron el Terror; no es la ideología robespierrista de la ciudad futura, sino *la política* de Robespierre y de los demás revolucionarios, sus contrincantes, la que permite entender el Terror; si es imposible deducir el Terror de la ideología, es posible deducir la ideología del Terror. Se trata realmente de pasiones e intereses concretos: intereses políticos. La competencia sin freno ni reglas por el poder lleva a una situación en la cual, como dijo Barréré, “tenía uno que guillotinar para no ser guillotinado”.

El Terror es primero un acontecimiento político en el cual las iniciativas de los actores toman una importancia pocas veces tan evidente; pero lejos de sacar las consecuencias

que se imponen, los historiadores, contra la evidencia misma, se empeñan en poblar ese teatro de sombras (un puñado de individuos enfrentándose en la clausura del poder) con muchedumbres innumerables y fuerzas sociales imponentes para dar al acontecimiento el sello de la autenticidad que conviene a las revoluciones (Guenifley: II).

¿No será que los historiadores amamos demasiado a la Revolución? ❧

Jean Meyer